Fernando y el fin del mundo

Fernando Hinojos, un doctorando en Historia del Cine en la Universidad de Miskatonic —sucursal Delicias, Chihuahua—, era un personaje que desentonaba incluso en un lugar donde lo extraño era moneda corriente. Con su playera de manga larga, que parecía pegada a su cuerpo como el uniforme de un superhéroe de caricatura barata, y un cabello que terminaba en un pico afilado, evocando a un protagonista de animé de bajo presupuesto, Fernando pasaba sus días entre las sombras de la biblioteca universitaria. Aquel lugar era un laberinto de estanterías torcidas, impregnado del aroma a moho, papel viejo y un dejo de algo indefinible que algunos estudiantes juraban era ectoplasma residual. Su tesis, un análisis sobre cómo el cine moldeaba la psique humana, avanzaba con paso firme pero carecía de esa chispa que la elevara más allá de los aburridos mamotretos académicos que sus profesores hojeaban entre bostezos. Sin embargo, una tarde polvorienta, mientras el sol se colaba tímidamente por las ventanas, todo cambió. Al revolver un tomo tan amarillento que parecía haber sido olvidado desde los días del cine mudo, Fernando encontró una nota garabateada en el margen con una caligrafía temblorosa: "El Fin Absoluto del Mundo, filme checoslovaco. Proyectado una vez en Praga, 1973. Histeria colectiva, colapsos mentales, desapariciones. Prohibido para siempre. El Diablo bailó en la pantalla." Esas palabras encendieron su imaginación desbocada. Ahí estaba, pensó, el santo grial de su investigación: un filme maldito capaz de transformar su tesis en una leyenda académica o, al menos, en un tema de conversación recurrente en las cantinas.

La Universidad de Miskatonic no era una institución cualquiera. Fundada, según los rumores, por un millonario excéntrico con una obsesión por lo oculto, su sucursal en Delicias exudaba un aura de misterio que oscilaba entre lo fascinante y lo absurdo. Los pasillos resonaban con historias que los estudiantes repetían entre risas nerviosas: un feto alienígena supuestamente hallado en un rancho cercano en los años 50 y guardado en el sótano, el rector ejecutando rituales con pollos los viernes para apaciguar a espíritus inquietos, y una cafetería que servía un café tan infame que bien podría ser parte de un experimento para probar los límites de la resistencia humana. Entre sus egresados legendarios —o infames, dependiendo de a quién se le preguntara— estaban Carlos Trejo, quien afirmaba haber perfeccionado sus técnicas de caza de fantasmas en el aula de parapsicología, y Jaime Maussan, quien insistía en que los marcianos lo habían acosado desde el estacionamiento en una abducción cósmica mal planeada. La biblioteca, con sus estantes desordenados y libros que parecían gritar por atención, era el corazón pulsante de estas leyendas. Fernando, armado con un termo de café tan negro como su sentido del humor, se sumergió en la búsqueda de más pistas sobre aquel filme enigmático. Hojeó revistas de cine modernas, tratados polvorientos sobre ocultismo y hasta grimorios que parecían escritos por un monje trastornado en plena fiebre mística. Finalmente, dio con una biografía de Chupinsky, el supuesto creador de El Fin Absoluto del Mundo. El texto lo describía como un checoslovaco desgarbado, de rostro demacrado, que vivía de tabaco rancio y vodka de dudosa procedencia. Hablaba con palomas como si fueran sus socios de producción y aseguraba haber filmado la cinta tras un pacto con el Diablo en un bar mugriento de Praga. Sin embargo, en su filmografía oficial —una lista caótica y mal redactada— el filme brillaba por su ausencia, como si una fuerza invisible lo hubiera arrancado de la historia.

Tras días de búsqueda infructuosa, Fernando sintió que el agotamiento lo vencía. Una noche, decidió rendirse temporalmente y regresó a su apartamento, un cuchitril decorado con carteles de películas de serie B —El ataque de los tomates asesinos era su favorito— y una pirámide de latas de Coca-Cola que él, con orgullo irónico, llamaba "arte moderno". Al día siguiente, mientras se duchaba cantando La chica de humo de Emmanuel con una pasión desbordada que habría hecho sonrojar al propio cantante, una idea tan absurda como brillante cruzó su mente. La universidad estaba llena de personajes excéntricos que parecían sacados de un circo itinerante, y entre ellos destacaba el profesor de filosofía conocido como "El Fumado". Este hombre era un espectáculo ambulante: un día recitaba a Nietzsche como si fuera el heraldo del apocalipsis, al siguiente corría por el campus persiguiendo lo que llamaba "duendes del autoengaño" mientras los estudiantes lo grababan con sus celulares. Algunos lo consideraban un genio incomprendido; otros, un lunático cuyo cerebro había sido cocinado por años de excesos. Fernando, con su instinto de sabueso y una desesperación que rayaba en la obsesión, decidió que El Fumado era su mejor esperanza para desentrañar el misterio de Chupinsky.

Era una tarde de verano sofocante, con el sol derritiéndose sobre el campus y las lagartijas buscando refugio bajo las piedras, cuando Fernando interceptó al profesor al salir de su clase. Intentó romper el hielo con un comentario torpe sobre el clima —"¡Qué calor, parece el infierno, ja, ja!"—, pero su risa nerviosa solo provocó que El Fumado lo mirara con una mezcla de desdén y curiosidad, como si evaluara a un estudiante que acaba de fallar un examen oral. Sin rodeos, Fernando soltó la pregunta sobre el filme. El profesor frunció el ceño, sus ojos brillando con intensidad, y respondió con voz grave: "No existe. Nunca existió. Y si existió, mejor que no lo sepas, chavo." Pero Fernando no era de los que se daban por vencidos tan fácilmente. Había traído un as bajo la manga: una botella de absenta rara, adquirida en un viaje a Houston, Texas, que guardaba como trofeo para celebrar su doctorado. La agitó frente al profesor como un cazador tentando a su presa. El Fumado, un alcohólico declarado que alardeaba de tener "paladar de sommelier e hígado de acero", no pudo resistirse. Con un suspiro que apestaba a marihuana y resignación, confesó: "Yo escribí esa nota en el libro, hace años. Busqué ese filme hasta que me cansé. No lo tengo, pero sé quién podría. Toma esta dirección y déjame en paz." Le entregó un papel arrugado con una caligrafía que parecía trazada por un borracho en pleno sismo: un puesto en el mercado local.

Esa misma tarde, Fernando se aventuró al mercado, un torbellino de gritos, aromas a tacos fritos y reguetón resonando a todo volumen. El puesto de películas piratas era un caos glorioso: torres de DVDs apilados como ruinas arqueológicas, pósters de Rápido y Furioso pegados con cinta adhesiva amarillenta y un vendedor que parecía un extra de película mexicana de bajo presupuesto. El tipo, con una camiseta desteñida de los Pumas y un bigote que pedía a gritos un recorte, le ofreció los últimos estrenos —"¿Quieres Avengers o algo más subidito de tono, eh, carnal?"— con un guiño que arrancó una carcajada a Fernando. Temeroso de que El Fumado lo hubiera engañado solo por la absenta, decidió probar suerte. Charló sobre cine del Este, soltando datos a medio recordar de sus clases, hasta que el vendedor, cansado de fingir desinterés, lo cortó en seco: "Ya, ya, sé de qué hablas, pero no hagas tanto ruido, ¿eh? Conocí a ese loco del Fumado en una cantina. Yo también busqué ese maldito filme." Resultó que el vendedor, un cinéfilo encubierto con una pasión por lo extraño, había encontrado un fragmento de El Fin Absoluto del Mundo en un foro de la deep web tras años de rastreo obsesivo. "Te lo doy, pero quiero algo a cambio," dijo, rascándose el bigote con

aire teatral. “Una foto del feto alienígena de Miskatonic. Sé que estudias ahí, no me vengas con cuentos.”

Fernando, que nunca había puesto un pie en el sótano de la universidad, ideó un plan tan ridículo como ingenioso. Encontró un gato muerto cerca del campus —“Lo siento, amigo, es por la ciencia”— lo afeitó con una rasuradora oxidada hasta dejarlo como una abominación mutante, y lo metió en un frasco de vidrio que llenó con Fabuloso morado, convencido de que “el toque alienígena está en los detalles”. El resultado era tan grotesco que él mismo se estremeció al tomar la foto. Pero funcionó: el vendedor, entre impresionado y horrorizado, le envió el archivo digital del filme con un “Eres un genio o un enfermo, no sé cuál.”

Esa noche, Fernando se encerró en su cuarto, bajó las cortinas como si temiera que lo espiaran, y reprodujo El Fin Absoluto del Mundo en su laptop. Al principio, era un desastre experimental: imágenes granuladas de sombras contorsionándose, un soundtrack que parecía una pelea de gatos en un callejón, y un primer plano de Chupinsky fumando un puro mientras una paloma le picoteaba el hombro con indiferencia. Pero luego, la pantalla se volvió un torbellino de locura. Figuras geométricas imposibles danzaban en un frenesí hipnótico, un murmullo en checo parecía susurrarle directamente al oído, y por un instante fugaz, Fernando juró que el Diablo —con cuernos, cola y un bigote tan caricaturesco que parecía sacado de una película muda— le guiñó un ojo desde el monitor. Cuando el filme terminó, el archivo se borró solo, dejando la laptop zumbando como si estuviera viva.

A la mañana siguiente, unos vecinos lo encontraron vagando por las calles, descalzo, envuelto en una sábana de Bob Esponja y balbuceando una mezcla de checo y ladridos. Un perro callejero lo observaba con una mezcla de lástima y desconcierto. En su apartamento, la laptop seguía encendida, pero el archivo había desaparecido, reemplazado por un salvapantallas de un pollo bailando breakdance. Algunos dicen que Chupinsky realmente filmó el fin del mundo y que Fernando lo presenció; otros creen que fue el Diablo jugando con su mente. En Miskatonic, las leyendas se multiplicaron: ahora se rumora que el feto alienígena escapó del sótano, que El Fumado guarda una copia del filme en su escritorio bajo llave, y que el vendedor del mercado exige un six de cervezas como compensación. Fernando, por su parte, nunca volvió a ser el mismo. Algunos días lo ven en el campus, hablando con las palomas sobre el fin del mundo.